

IX.

Y para más belleza, no con ira
bramadores torrentes se desatan,
ni la tormenta por los aires gira,
ni el ganado las fieras arrebatan;
sólo en la linfa que fugaz suspira
los árboles y flores se retratan,
y purísimo azul ostenta el cielo
y trisca la cordera sin recelo.

X.

No aquí se arrastran por hirviente arena
cual en las playas del desierto Nilo,
hórrida sierpe de ponzoña llena,
ni acerado y sangriento cocodrilo:
no aquí la madre escucha de la hiena
el tremendo rugir, y en pobre asilo
al niño débil con abrazo estrecho
quiere ocultar en el turbado pecho.

XI.

No se levanta entre la verde alfombra
de fresca yerba pródiga de olores,
árbol que engañe con nociva sombra
y frutos tan lozanos cual traidores:
no el astro-rey velado nos asombra
en negras nubes y húmedos vapores,
ni espira solitario en su camino
abrasado y sediento el peregrino.

XII.

Todo es paz y ventura: coronada
de fruto y flor la bella Andalucía,
se alza risueña de esplendor bañada
cual suele alzarse en el oriente el día;
que yá sobre la vega dilatada
benigno el sol y generoso envía
inmensos dones en su rayo cano,
dones que ostenta plácido el Verano.

XIII.

Tiempo es ahora que el vellon de nieve
rinda al pastor la cándida cordera,
que el perezoso buey mugiendo lleve
la miés nutrida á la redonda era:
de donde esparza murmurando leve
la seca paja el áura más ligera,
cuando con duro y resonante callo
huella la espiga el volador caballo.

XIV.

Tiempo es ahora en baño delicioso,
si dormido en sus grutas yace el viento
y de las selvas el ramaje umbroso
no se agita con ténue movimiento,
de gozar el arroyo rumoroso
que sobre guijas desmayado y lento,
entre amargas adelfas encamina
la tarda huella y onda cristalina.

XV.

Aquí Nísida bella se bañaba,
aquí su rubia cabellera de oro
sobre la espalda y pecho derramaba,
avara de esconder tanto tesoro:
aquí su voz suavísima entonaba
himnos que el eco repitió sonoro
y que las aves modularon cuando
por el limpio raudal iba nadando.

XVI.

Aquí en un tronco que en la márgen crece
de una vid trepadora revestido,
donde el ganado errante se guarece
y tiene el dulce colorin su nido,
un juramento fiel que amor la ofrece
en la verde corteza halló adelpido:
la letra dice: "Nísida, primero
que olvidarme de tí, la muerte quiero."

XVII.

Y enrojeció su púdico semblante,
que yá por el amor estaba herida;
y vió á lo lejos á su tierno amante
con faz inquieta y la color perdida:
contempla del zagal la fé constante,
acúsase de ingrata, y conmovida,
la secreta pasión con que batalla
dicen los ojos, si el acento calla.

XVIII.

Mas hora miro que despliega el cielo
su magnífica pompa y hermosura:
la vista absorta con ansioso vuelo
sube y se pierde en la sublime altura:
nubes purpúreas ondeante velo
extienden al brillar la noche pura,
y sobre ella la noche se adelanta
y al orbe todo misteriosa encanta.

XIX.

¡La noche! De mi pátria en el estío
su blanca luna es sol resplandeciente,
penetra por el bosque más sombrío,
tiembla en las aguas de la clara fuente.
¡Astro de amor! El pensamiento mio
á tí se alzó con entusiasmo ardiente
y exclamé al eclipsarte: espera, espera,
no escondas, nó, tu celestial lumbrera!

XX.

Que tiene para mí fulgor suave,
indecible y feliz melancolía,
cuando en el alto nido muda el ave
no gime ó canta en la arboleda umbria:
cuando el reposo y el silencio grave
llenan el suelo y la region vacía,
y exhala con rumor vago y profundo
sones inciertos adormido el mundo.

XXI.

Hora llena de encantos, luna bella,
sombras queridas del que triste llora,
pronto su luz la matinal estrella
difundirá seguida de la aurora:
de su cuna oriental con noble huella
saldrá el planeta que los orbes dora,
y tierra y viento y mar en su alegría
himnos sin fin tributarán al día.

XXII.

En tanto luce desmayada y pura,
rica de aromas, languidez y amores,
dando á los cielos mística hermosura
y gotas de ámbar á las mústias flores,
noche serena: tú con la dulzura
de tus sueños disipas los dolores;
tú derramas la paz con franca mano,
¿quién más dones que tú rinde al Verano?

NARCISO CAMPILLO.

El hombre-pep de Liérganes.

Apártase tanto del orden regular de
la naturaleza, tiene tanto de inverosímil
la historia que vamos á relatar, que por
fabulosa leyenda la tendríamos, si un au-
tor de la intachable veracidad, clarísimo
talento y severa crítica del célebre P.
M. Feijóo, glorioso ornamento de la ór-
den benedictina y de la Universidad de
Oviedo, no hubiese reunido, para certifi-
carse de ella, los más graves, seguros y
fidedignos testimonios.

Ejercitaban su arriesgado oficio en al-
ta mar unos pescadores de Cádiz el año
1679, cuando, sobre la inquieta superfi-
cie de las azuladas aguas, divisaron á
cierta distancia una como figura huma-
na, que se asomaba y zambullia alterna-
tivamente; la cuál desapareció así que
intentaron acercársele con la mira de re-
conocerla. Con idénticas circunstancias
la descubrieron al día siguiente, y tirán-
dole desde lejos algunos pedazos de pan,
observaron que les echaba la mano y los
comía. Empeñados con esto en el deseo
de pescarla, tendieron en torno de ella
un dilatado cerco de fuertes mallas, es-
trechándola poco á poco, mientras en
seguimiento de los mendrugos que le
arrojaban, se iba acercando á uno de los
barcos, donde, por último la tomaron y

condujeron á tierra, con no escasa admi-
ración de las gentes.

Entonces se vió que toda su conforma-
cion era la de un ser racional. Tenia co-
mo seis piés de estatura, corpulencia cor-
respondiente y bien proporcionada, rojo
el pelo, y corto cual si le empezara á na-
cer, el color blanco, y las uñas gastadas,
como si estuviesen comidas del salitre.
Bordaban su pecho y espalda unas lije-
ras escamas que con el tiempo se le fue-
ron cayendo.

Hospedado en el convento de S. Fran-
cisco, de Cádiz, habláronle en diversos
idiomas, sin que en ninguno y á nada
respondiese. De semejante taciturnidad
se dedujo que quizá estuviere poseido
del espíritu maligno, y en este supuesto
le conjuraron algunos religiosos; mas de
nada sirvieron los exorcismos, ni luz al-
guna se descubrió que ayudase á expli-
car aquel extraño fenómeno, hasta que,
de allí á algunos dias, le oyeron la pala-
bra, *Liérganes*, cuyo sentido declaró un
mozo que en Cádiz ganaba la vida con
su trabajo, diciendo, que era el nombre
de un lugar situado á dos leguas de
Santander y pátria del Sr. D. Domingo
de la Cantolla, Secretario de la Suprema
Inquisicion.

Con esta noticia, participó el suceso
al Sr. de la Cantolla, un sugeto que le
conocia, á quien aquel, contestándole,
trascurridas algunas semanas, manifestó
que sus parientes de *Liérganes* le escri-
bian que cinco años antes ocurriera en
Bilbao una novedad que acaso se diese
la mano con la de Cádiz.

Habiendo ido á bañarse con otros mo-
zos la víspera de S. Juan de 1674, Fran-
cisco de la Vega, jóven de 17 años,
aprendiz de carpintero en dicha villa é
hijo de María del Casar, viuda y vecina
de *Liérganes*, se internó ría abajo, hasta
perderle de vista sus compañeros; los
cuales, como era agilísimo nadador, al
principio ninguna inquietud experimen-
taron por ello, y así, estuvieron largo
rato, esperándole, persuadidos de que á
la postre volvería. Mas tanta fue su tar-
danza que al fin creyeron que habia pe-
recido, arrebatado por la resaca para
servir de alimento á los peces, y no res-
pirar ya más las áuras de la vida. En va-

no le buscaron, en vano le llamaron recorriendo ansiosos aquellas ásperas riberas; solo respondía á sus acentos el perenne rumor de las olas solitarias. Pocos días despues vestía luto por él y le lloraba difunto su madre, la desolada viuda de *Liérganes*.

Enterado de la parte donde este lugar caía, y animado con los antecedentes suministrados por el Sr. de la Cantolla, el P. Fr. Juan Rosende, franciscano, recién venido de Jerusalem á Cádiz, y que traía el encargo de dar vuelta á la península, pidiendo limosna para los Santos Lugares, resolvió averiguar personalmente la verdad de caso tan singular y extraordinario, encaminándose á la Montaña de Asturias con el mozo aquel que los pescadores habían cogido en el Océano.

Al cabo de cierto tiempo, corriendo ya el año de 1680, se aproximó el buen religioso en su postulación á la costa de Santander, y al llegar al monte de la Dehesa, un cuarto de legua distante de *Liérganes*, indicó á su mudo compañero que marchase delante guiando; quien le obedeció tan puntualmente que, sin extravíar un paso, fué derecho á la vivienda de María del Casar, la cuál, apenas le vió, le conoció y abrazó, diciendo: *Este es mi hijo Francisco, que perdí en Bilbao*; en cuyas cariñosas demostraciones lo imitaron otros dos hijos, sacerdote el uno y seglar el otro, que á su lado tenia; pero él permaneció inmóvil, sin corresponderles con palabras ó con gestos, cual si careciese por completo de sensibilidad y de entendimiento.

Como aquel día se hallaba predicando en *Liérganes* el misionero franciscano, del seminario de Sahagun, Fr. Diego de Santander, que con sus fervorosos sermones atraía crecidísimo concurso de los lugares comarcanos, la que casi podríamos llamar *resurrección* de Francisco de la Vega, fué muy sonado en toda las Asturias de Trasmiera, donde, como explicacion de aquel hecho, corrió la especie de que, siendo niño, su Madre le había maldecido. Las raras circunstancias de su fuga y aparicion daban algun fundamento, á semejantes aprensiones, hijas de la sencillez del vulgo y de su propen-

sion á lo maravilloso. Despojábanlas, empero, de toda verosimilitud, la bondad y mansedumbre notorias de María del Casar.

Al lado de ésta pasó el Vega los siguientes nueve años, en tal estado de impasibilidad que nada le inmutaba, nada hablaba y á ninguna pregunta respondía, emitiendo únicamente y sin propósito las voces, *tabaco, pan, vino*, y ejecutando como un autómeta cuanto le mandaban y antes de su desaparicion sabia. No solicitaba alimento, ni calzado, ni vestido; pero si le daban de comer comia, si le presentaban ropa se la ponía. Iba á la iglesia si otros lo hacian ó se lo insinuaban; mas en el templo no se fijaba en nada, ni prestaba atencion alguna á la misa y demás funciones eclesiásticas.

En una ocasion, entre otras, que cierto caballero de *Liérganes*, llamado D. Pedro del Guero, le envió á Santander con carta para D. Juan de Olivares, á cuyo efecto le era preciso atravesar la ría que tiene más de una legua de ancho, embarcando en el sitio de Pedreña, como no encontrase allí la lancha, arrojóse al agua y, nadando, arribó al muelle de Santander, donde muchos le vieron salir todo mojado. Preguntándole el señor Olivares, que cómo la esquila estaba tan húmeda, nada contestó, y recibida la respuesta, volvió á *Liérganes* y la entregó al Sr. del Guero con su acostumbrada puntualidad.

Así, mudo para hablar, inanimado para discurrir y animado para obedecer (de donde se infirió que había perdido la parte intelectual, quedándole solamente la instintiva) se mantuvo en casa de su madre hasta el año de 1787, en que otra vez desapareció para no tornar, ni saberse jamás su paradero.

Verdaderamente es lastimoso, dice el P. Feijóo, que nuestro nadante hombre perdiese el uso de la razon, no solo mirándolo como fatalidad suya, mas tambien como pérdida nuestra y de todos los curiosos; pues si hubiese conservado el juicio y con él la memoria ¡cuántas noticias nos daría como fruto de sus marítimas peregrinaciones! ¡Cuántas cosas, ignoradas hasta ahora de todos los natu-

ralistas, pertenecientes á la errante república de los peces podríamos saber por él! Él solo podía haber exactamente averiguado su forma de criar, su modo de vivir, sus pastos, sus transmigraciones, y las guerras ó alianzas de especies distintas. ¡Qué bien explorados tendría los lechos de varios mares, Océano nuevo dentro del mismo Océano, y respecto de innumerables especulaciones filosóficas, fondo sin suelo, ya por las materias que en él nacen, ya por las plantas que en él se juntan, ya por las inmutaciones que en él reciben, ya por las fuentes y rios que en él brotan, ya por las cavernas que absorben las mismas aguas marítimas, para trasladarlas á lugares distantísimos, ya por otras mil no menos interesantes circunstancias!

Pero lo que más de cerca pica la curiosidad y lo que solo por el *hombre-pez* pudiera saberse, es cómo se acomodó tan repentinamente á un género de vida en todo diverso del que en tierra había tenido; cómo se alimentaba en el mar; si dormía y de qué manera; cuánto tiempo sufría la falta de respiracion y de qué modo esquivaba la voracidad de las bestias marinas.

Sin esto, cuanto acerca de tales extremos cabe decir, redúcese á más ó menos razonables conjeturas. Quien desee enterarse de las tan sábias como ingeniosas que á propósito del *hombre-pez* de *Liérganes*, trae el P. Feijóo, lea el discurso octavo, tomo sexto, de su precioso *Teatro crítico*.

X.

Las Dos Soberanas.

Cuéntase que al comenzar el presente siglo, llegaron un día ante la Justicia dos jóvenes que iban con el objeto de saber cuál de ellas tenia más derecho á ser proclamada como reina de las almas nobles y protectora de los desvalidos.

Ambas eran bellas y tan semejantes entre sí, que las personas poco observadoras las confundían, y acaso no hubieran sabido distinguir las. Sin embargo, miradas con detenimiento se advertía que mediaba entre ellas bastante diferencia, principalmente en el aire, siendo tímido y modesto el de la

una y arrogante y altivo el de la otra. Vestía la primera una larga túnica de humilde lana, más blanca que la nieve; de igual género y color era el prolongado manto que velaba sus gallardas formas, cubriendo tambien su graciosa cabeza, en la que no aparecía ni el menor adorno. La única insignia que ostentaba cual magnífica joya, era una cruz de madera que oprimía con su diestro brazo y sostenía en su hombro.

La segunda vestía de un modo enteramente distinto; su traje era de tisú de oro, su manto de escarlata forrado de piel de armiño, y en sus brazos, cuello y cabeza ostentaba las más deslumbrantes joyas. En las manos llevaba una trompeta de plata, con la cual solía anunciar su presencia por todas partes.

El nombre de la primera era Caridad: el de la segunda Beneficencia. Ambas llegaban conducidas por la Verdad.

La Verdad es una hermosa y digna matrona, que bajó del cielo y vive entre los hombres, por más que lo contrario se diga, y por donde quiera es contemplada con respeto, aun por aquellos que más afectan despreciarla.

Esta, encargada de hacer valer los derechos de las jóvenes, dijo apenas se halló en presencia de la Justicia:

—Hé aquí, noble, severa y pederosa deidad: hé aquí dos hermosas doncellas, una de las cuales está llamada á reinar entre las almas nobles en el siglo presente. Si tan bellas, si tan dignas son ambas, ¿á cuál deberemos elegir?

Inclinóse la Justicia á contemplarlas y dijo, hallando que en efecto tan gallarda y apacible era la una como la otra:

—No solo su presencia debe cautivarnos; sepamos cuáles son sus obras; ellas nos decidirán y nuestra eleccion será justa.

Acérate, casta y modesta Caridad, ¿cuál es tu mision en la tierra? ¿cuáles son tus acciones?

Aproximóse la Caridad con lento paso, alzó la frente, más inclinóla de nuevo ruborizada: abrió sus lábios para hablar, pero contemplando que tenia que hacer la apología de sí misma, heláronse sus palabras y enmudeció. Acostumbrada la Caridad á ocuparse solo del bien de los demás, pocas veces ó ninguna lo hace de sí misma; uno de los encantos que más la avaloran es la modestia.

Habló entónces la Verdad por ella, exclamando con su seguro acento:

—Esta hermosa doncella ejerce las obras de misericordia, favorece sin cesar á los in-